Milán, VII Encuentro mundial de las familias, 1 de junio de 2012

Enzo Bianchi

Prior de Bose

LA EUCARISTÍA DE LA FAMILIA EN EL DÍA DEL SEÑOR

1. La familia

Cuando nosotros los cristianos pensamos en la familia o hablamos de esta, ante todo debemos considerar a la familia dentro de la historia de la humanidad: la familia que ha sufrido, y sufre todavía, en las diversas épocas muchas transformaciones.

La primera forma de familia testimoniada por la Biblia es la patriarcal del tiempo nómada: varias generaciones vivían como un clan, como un grupo en el que el protagonista era el patriarca. Le sigue la época sedentaria, agrícola, y la familia asume una nueva forma, viviendo en aldeas, pueblos, y después en ciudades, en pequeñas casas donde ya no era posible la cohabitación de diferentes generaciones. Sin embargo, diferente era la familia en la diáspora, en tiempos del exilio, en una marea de *gojim* extraños y hostiles, y diferente era

también la familia en la época de Jesús, situada en el contexto de aldeas caracterizadas por actividades prevalentemente artesanales y comerciales.

Pero si bien es cierto que la estructura y forma de la familia han cambiado y cambian, sigue siendo siempre decisivo y, en cierto sentido, inmutable, vivir la familia como una realidad caracterizada por relaciones de amor que se convierten en historia y que unen en alianza a un hombre y una mujer y al mismo tiempo, a las diferentes generaciones. La familia, por lo tanto, no sólo se lee en la historia, sino que también debe ser leída como amor que se convierte en historia, que se hace historia. La familia no es el encuentro ocasional entre un hombre y una mujer; no es simplemente, como para los animales, el lugar en el que prolongar la especie. *Para los hombres la familia es historia*: la historia posible de un principio, de una alianza, de una persistencia en el tiempo. No por casualidad la familia se llama en hebreo *bajit*, en griego *oîkos-oikía*, que significa «casa», una realidad visible, reconocible y reconocida, que es el espacio vital de la familia.

Pero, ¿cuáles son, para la fe en el Dios de Abraham y de Jesucristo, los elementos decisivos de la familia? En primer lugar *el amor*: la familia es el lugar del amor, la manifestación del amor, la alianza en el amor. El pacto nupcial que hace del hombre y la mujer "una sola carne" (Gen 2,24; cf. Mc 10,7-8; Mt 19,5-6, Ef 5,31), es la primera afirmación del amor, es un amén dicho al encuentro de los dos cónyuges, entre las dos alteridades, es un antídoto al vivir sin el otro. El amor genera la alianza y la alianza a su vez genera paternidad, maternidad y por lo tanto fraternidad, *sororidad* y todas las relaciones originarias esenciales

para la vida. Ante todo es en la familia donde cada uno de nosotros conoce el amor «pasivo» de sí mismo (somos amados por los que nos traen al mundo) y luego el amor activo hacia los demás, en la familia es donde se aprende a «salir» de esta para ejercitarse en el amor, creando una nueva familia. Lo que vivimos y experimentamos del amor en la familia, es decisivo para la vida y la capacidad de amar.

Y precisamente en la familia es donde se aprende también la *confianza*. Ahora bien, si es cierto que ya en la vida intrauterina el niño que va a nacer siente si puede o no puede tener confianza en la mujer que lo lleva en su vientre, en su venida al mundo y en humanizarse es absolutamente necesario dar confianza a los padres, hermanos, hermanas y recibir de ellos su confianza. La vida de cada uno de nosotros depende sobre todo de nuestra capacidad de creer, de confiar en los demás, en la vida, en el futuro, de aceptar la confianza de los demás[1]: pero esto es una enseñanza que se recibe ante todo en la familia.

Por último, en la familia se puede acceder a la *esperanza*, se puede vencer la desesperación que amenaza toda vida: avanzando en la vida se comprende que se puede solo esperar con los demás, y en la familia «esperar juntos» es necesario para aprender a vivir el mundo y el tiempo.

Pero si es cierto que lo que hemos visto hasta ahora es lo que aprecia el Señor acerca de la familia, si esto expresa la verdadera vocación de la familia y dibuja los rasgos antropológicos vitales para la humanización auténtica, para vivir en plenitud y para construir una obra común viviendo el mundo, es aún

[1] Sobre este tema cf. E. Bianchi, *Gesù educa alla fede*, Qiqajon, Magnano 2011, pp. 8-12.

más cierto que, *sobre todo en la familia es posible vivir el mandamiento del amor, transmitir la fe, dejar en herencia la esperanza*. A menudo se piensa que el *Shema' Jisra'el* (Dt 6,4-5), el gran mandamiento del amor a Dios que Jesús en los Evangelios acerca al del amor al prójimo (cf. Lv 19,18; Mc 12,29-31 y par.), no se refiera al amor familiar. Puesto que el amor familiar - se dice - está generado por una libre elección, por una atracción mutua, por un instinto, pues no se puede imponer, entonces este amor no está comprendido en el mandamiento.

Sin embargo, el amor al prójimo identifica a aquel que está cerca, al que decide acercarse al otro (cf. Lc 10,36), y por lo tanto también afecta a la familia, el lugar por excelencia de la proximidad. El amor recíproco entre esposos, el amor recíproco pero no simétrico entre padres e hijos, el amor fraternal, se encuentran dentro del mandamiento que subordina todos los demás y que resume toda la Ley. Aquí está el amor radical y fiel que no se puede negar, el amor que está sostenido por una alianza, por un pacto que Dios ha querido y estipulado «poniendo bajo un único yugo», «uniendo, con-enyugando» al hombre y a la mujer. Un amor que el hombre y la mujer no pueden separar, «Que el hombre no separe lo que Dios ha unido», dijo Jesús (Mc 10,9; Mt 19,6).

En la familia el amor es difusivo: de padres a hijos, hasta acercarse a los que no tienen familia, convirtiéndose en padres y madres para los huérfanos (cf. Gb 29,16), atentamente afectuosos hacia las viudas (cf. Sir 4,10), compartiendo los bienes donados por Dios al creyente y a su familia (cf. Dt 26,1-11). Respecto a las exhortaciones apostólicas sobre la vida

familiar, sobre la moral doméstica, – los llamados «códigos familiares» o «mesas domésticas» (cf. Ef 5,21-6,9; Col 3,18-4,1; Tt 2,1-10; 1Pt 2,13-3,7) –, es cierto que estos se toman de los modelos del ambiente helénico en el que estaban presentes las iglesias cristianas. Pero es igualmente cierto que la ética que se describe en estos es fuertemente cristológica: estar sometidos los unos a los otros (cf. Ef 5,21), vivir en la obediencia recíproca (cf. Ef 6,1; Col 3,20), amarse del mismo amor de Cristo (cf. Ef 5,25), amar al cónyuge como a sí mismo (cf. Ef 5,33), todo esto es vivir en el *ágape*, es traducir prácticamente «el mandamiento nuevo» del amor (cf. Gv 13,34; 15,12). Por esto el matrimonio y, por lo tanto, la familia, es «el gran misterio» precisamente en referencia al *ágape* de Cristo para la iglesia» (cf. Ef 5,32). Sí, la secuencia del Señor encuentra su primer lugar en la familia, y solo una exigencia del Señor, una llamada suya especial o concreta puede transcender la economía del amor familiar. Por eso el mandamiento del amor por parte de los hijos a quienes les han dado la vida, entre las diez palabras de la Torah es la única asociada a una promesa de Dios: «Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días» (Es 20,12; cf. Dt 5,16). Resumiendo, si no se conoce el amor en la familia, ¿cómo podremos conocerlo fuera de esta?

En cuanto a la fe, tanto para el Antiguo y como para el Nuevo Testamento la familia sigue siendo el lugar privilegiado, «*el ambiente natural de*

la transmisión de la fe»[2]. Sabemos que en la tradición judía la madre, en especial, es determinante para la fe de los hijos y para la transmisión de la voluntad de Dios, de modo que se podría afirmar: «No hay familia sin Torah, ni Torah sin familia». En la vida de la familia judía, significativamente, está presente no solo la liturgia familiar de apertura del sábado, sino también la gran cena pascual, el *seder*, en la que se narra la historia de la liberación de Israel de la esclavitud y de la Pascua a los niños, a las nuevas generaciones. La *Hagadá* pascual se dice y se repite para que la fe en el Dios *go'el*, liberador, no decaiga de generación en generación. Aquí se encuentra una gran enseñanza: Nuestro Dios, que es el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob... y de Jesucristo, antes de ser mi Dios es siempre el Dios de mis padres, y por lo tanto el Dios de todos los que me han precedido, gracias a los cuales lo he desconocido como fiable y por eso he creído.

Juan Crisóstomo decía a los cristianos: «Haced de vuestra casa una iglesia»[3], y Agustín hablaba de «iglesia doméstica»[4], porque hay una analogía entre iglesia y familia. Fue un gran amigo mío, el obispo de Prato Mons. Pietro Fiordelli, el que introdujo en la *Lumen Gentium* estas palabras: «En esta que se podría llamar iglesia doméstica (*In hac velut ecclesia domestica*), los padres deben ser para sus hijos los primeros maestros de fe y apoyar la vocación de cada uno»[5]. Padres fiables, creíbles por estar dotados de la

[2] B. Maggioni, *Il seme e la terra*, Vita e Pensiero, Milano 2003, p. 88; sobre el tema véase también B. e B. Chovelon, *L'avventura del matrimonio: guida pratica e spirituale*, Qiqajon, Magnano 2004, pp. 175-182.

[3] Juan Crisóstomo, *Sermones in Genesim* VI,2.
[4] Agustín de Hipona, *Epistulae* 14*.
[5] *Lumen Gentium* 11.

autoridad debido a su coherencia entre el decir, el vivir y el sentir, pueden transmitir confianza a los hijos; pueden preparar el camino y predisponer todo para que la fe por ellos transmitida a sus hijos como una gran confianza, como capacidad de creer, pueda recibir el don de Dios, la fe que Dios da a todos los que preparan su corazón para recibir su don. Si los padres saben mostrar su fe en Dios y en Cristo, y por lo tanto, indican, muestran a Dios y a Cristo como fiables, también los hijos se educarán en creer. Los padres deberán enseñar

que realmente creen en una presencia invisible;

que en realidad adhieren al Dios viviente;

que diariamente se confían en él;

que con esfuerzo pero con amor intentan cumplir su voluntad, convencidos de que esta es vida para ellos;

que aman el cristianismo, y en este a Jesucristo que es el Evangelio y al Evangelio que es Jesucristo.

Creer juntos, educarse en la fe se aprende en la familia. Y esto vale también para la esperanza, porque la esperanza es la otra cara de la moneda de la fe: la fe, de hecho, es «ancla de esperanza» (cf. Eb 6,19). Y así, con las palabras y el modo de vida se ofrece testimonio y se transmite como legado la secuencia del Señor «*Hemos creído en el amor*» (cf. 1Gv 4,16): Este es el canto, el testimonio que los cónyuges deben transmitir a sus hijos y nietos. «Hemos tenido fe el uno en el otro (hemos sido novios), después hemos estrechado una alianza en la fe, creyendo en el amor»: Este es el resumen de la historia de amor vivida en la familia.

2. Familia, día del Señor, eucaristía

En cuanto a la relación entre familia y día del Señor[6], si los primeros cristianos testimoniaban: «*Sine dominico non possumus*», «sin domingo no podemos vivir[7], también hoy la familia debe dar todavía el mismo testimonio en compañía de los hombres.

El «día del Señor» (Ap 1,10) es una realidad fundamental de la iglesia, un sacramento del tiempo, que rememora toda la historia de la salvación resumida en Cristo resucitado, Señor de todas las realidades creadas en él (cf. Col 1,16), y orientadas a él (cf. id.; Ef 1,10). Pues este día, día del Señor pero también día de la Iglesia y del hombre, tiene que vivirse de manera peculiar por parte de aquellos que realizan la experiencia de la familia. Fuera del ámbito de la cristiandad, en el que la religión tenía una función sociológica de integración en la sociedad civil, asistimos a un desinterés de la práctica dominical. En esta situación, debemos ser conscientes de que la práctica cristiana del domingo, el vivir cristianamente el domingo ha sido siempre difícil y agotador, como siempre es seguir al Señor Jesús. En el siglo IV, Efrén de Nisibi denunció la mundanidad del domingo que llevaba a los cristianos a hacer de este un día en el que pecaban más que los demás días:

> El primer día de la semana es digno de honor… Bienaventurado el que venera el día del Señor observándolo en la santidad… Mientras nuestros cuerpos descansan e interrumpen la fatiga, nosotros pecamos,… yendo a tabernas y a lugares de pecado[8].

---

[6] A este último tema le he dedicado un amplio estudio: *Vivere la domenica*, Rizzoli, Milano 2005.
[7] *Acta Saturnini, Dativi, et aliorum plurimorum martyrum in Africa* XI.
[8] Ignacio de Antioquía, *Ad Magnesios* IX,1.

Para seguir al Señor, por lo tanto, para ser sus discípulos en comunión con él, es necesario vivir el domingo como una familia, vivir «según el día del Señor, en el que surgió nuestra vida por medio de él»[9].

Pero ¿qué significa, más concretamente, el domingo como familia? En primer lugar *ritmar juntos sinfónicamente el tiempo*. Como familia se vive juntos en la misma casa, pero si no se vive en el tiempo con un ritmo común, entonces la casa se convierte en un albergue y no hay posibilidad de encuentro auténtico entre los miembros de la familia misma, de hacer cosas juntos, de vivir la fiesta y el descanso. Es por eso que nosotros los cristianos intentamos oponer una resistencia inteligente a la tendencia actual de trabajar incluso los domingos.

El problema es, ante todo, antropológico: ¿cómo encontrarse, cómo establecer relaciones, cómo ofrecer la presencia, si no hay un día en el que nosotros y los demás podamos abstenernos del trabajo y dedicar tiempo a estar juntos de forma gratuita y no funcional? Hoy que la sociedad está destrozada, que las relaciones son cada vez más precarias y la comunicación cada vez más virtual, en vista de la humanización se necesita un ritmo común del tiempo de descanso, un antídoto a la alienación del trabajo, pero también oportunidades de estar juntos, de crear comunidad, de vivir la comunión. Es necesario, en otras palabras, «vivir la familia como un espacio di relaciones, dentro y fuera»[10], a partir de ese día privilegiado que es el domingo.

---

[9] Efrem di Nisibi, *Sermo ad nocturnum dominicae resurrectionis* 4.

[10] F. G. Brambilla, «"Stili di vita" della famiglia tra lavoro e festa», en *Communio* 230 (2011), p. 13.

En cuanto a los cristianos – hay que admitir - en estos años todavía en gran parte marcados por el descanso festivo, la práctica del fin de semana vivido fuera del ambiente cotidiano (en la montaña, en la playa, o en otro lugar) ya ha producido considerables daños a la posibilidad de vivir con autenticidad la comunidad parroquial, del reconocimiento recíproco entre cristianos, de la pertenencia a un grupo que se reúne en un mismo lugar (*epì tò autó*: At 1,15; 2,1; 1Cor 11,20; 14,23) para confesar nuestra fe común en el Señor Jesucristo resucitado y viviente. Para reaccionar a esta deriva hay que reafirmar que es decisiva la práctica dominical vivida en familia; de lo contrario también la Eucaristía se vive solo individualmente como un precepto que hay que satisfacer y no como la posibilidad de vivir en comunión lo que se es: una familia, por supuesto. En esto, los judíos (así como los cristianos ortodoxos) dan ejemplo: las familias son las que el sábado van a la sinagoga todos juntos, también porque los oficios litúrgicos en la sinagoga no se repiten a lo largo del día como sucede con nuestras misas (y ni mucho menos hay oraciones especiales para niños o jóvenes...).

Esta es la tarea que hay delante de nosotros: juntos sentirnos llamados por el Señor, juntos escuchar la Palabra de Dios, juntos celebrar la fe, juntos vivir la Eucaristía que nos hace a todos un solo cuerpo, el cuerpo mismo de Cristo. Y después de la celebración eucarística, lo esencial de la vida cristiana, se debería insistir en la posibilidad de la *fiesta vivida juntos, a partir de la mesa festiva compartida con la familia*. Se trata de una resistencia fundamental a la fragmentación de las relaciones, a la desvinculación de los unos con los otros,

sobre todo en una vida como la actual, marcada por ritmos tan intensos que en los días laborales coincidir para comer juntos se ha convertido en algo casi imposible para la familia, a causa del trabajo, la escuela y los diversos compromisos que organizan de diferentes maneras las vidas de los miembros de la familia.

Si, considerando este arraigo en la familia, profundizamos la práctica cristiana del domingo, podemos afirmar que esta es hoy más que nunca una práctica *profética*, al alcance de todos los fieles. ¿En qué sentido digo esto? En el sentido de que familias diversas, realmente diferentes por el ambiente, la cultura, hoy también por el idioma y etnia, se reúnen convocadas por el que reconocen como Señor. Las familias obedecen juntas y se manifiestan juntas como oyentes de la Palabra y miembros del único cuerpo de Cristo. Contra el anonimato y la homologación se construye así una comunión en la que se produce el reconocimiento recíproco y la eliminación de todas las barreras. Esta es además una práctica profética porque hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, están en el mismo lugar y unidos por un mismo vínculo de fe, esperanza y caridad. ¿No es esto un milagro, para gente que busca milagros? ¿No es un milagro que, aunque en número minoritario, millones de hombres y mujeres en toda la tierra el mismo día realicen gestos para compartir, canten la misma esperanza y se ejerciten en la misma caridad?

Y así volvemos al papel de la familia: los padres están llamados a enseñar a los hijos no sólo el ritmo semanal, marcado por el día del Señor, sino también el del año entero; tienen por tanto la tarea de enseñar a los hijos el

valor de las fiestas- a partir de la Pascua, la fiesta de las fiestas - y de ayudarlos a vivir como cristianos. La liturgia celebrada es capaz de hacer entender a niños y jóvenes muchas cosas que nosotros no sabemos explicar: sin embargo, es una tarea nuestra la de ayudarlos a leer los signos, a entender las acciones humanísimas de la liturgia, a escuchar la Palabra de Dios que siempre es eficaz (cf. Eb 4,12) en nuestro hoy, el hoy de Dios.

Aquí también se incluye la enseñanza a rezar, que debe comenzar cuando los niños son muy pequeños; una enseñanza que nace de los padres a partir de rezar con ellos. Si los discípulos de Jesús le pidieron que les enseñara a orar es porque lo veían a él el primero dedicado a la oración (cf. Lc 11,1); del mismo modo, si los hijos ven a los padres sumidos en la oración, preguntarán,...Sin embargo, la oración debe ser vivida con autenticidad, no como una devoción, sino como un acto convencido y fiable. Si Jesús prometió: «donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos» (Mt 18,20), entonces es ante todo en la familia que Jesús mismo, que Dios puede estar presente, puede ser evocado con la oración, llamado "en medio" para ser reconocido como Señor. ¿Esto es difícil para los padres? Es difícil para todo el mundo rezar, pero el don de la oración se ha dado siempre a quienes lo piden con sinceridad al Señor, porque el Espíritu Santo invocado se hace siempre presente (cf. Lc 11,13). No se trata de rezar como pueden hacerlo los monjes, pero es necesario algunas veces rezar juntos, en modos y formas que sean elocuentes para los hijos. Por otro lado, en ciertas situaciones, la oración que se realiza juntos, en familia, parece imponerse como una necesidad: en el

dolor, en el luto, en la adversidad, cuando hay días malos... Al mismo tiempo, también hay que rezar en la alegría, en la fiesta, al comienzo de las comidas, en un lugar en el que se produce, ocurre la belleza. Sí, rezar con el resto de la familia a veces significa asumir responsabilidades comunes, a veces aceptación de la voluntad del Señor y a veces alegría compartida delante de Dios. Y rezar con los demás es siempre rezar por los demás. Pero todo esto se aprende profundamente en la liturgia eucarística dominical, porque es la oración común, la liturgia es la que inspira los modelos y plasma las formas de la personal y familiar.

Conclusión

A partir del breve itinerario recorrido se comprende un hecho fundamental, una instancia que interpela la creatividad de la iglesia y, en su interior, de las familias: *poner nuevamente en el centro de la vida cristiana una adecuada comprensión y praxis del día del Señor, día de la iglesia, día de la Eucaristía, día para el hombre*.

Volviendo a descubrir la centralidad del día del Señor, «la familia se encuentra a sí misma como lugar de las relaciones decisivas para la existencia de las personas que la componen»[11]; para el camino de la humanización; para vivir bajo el signo del amor, la única realidad que «no pasará jamás» (1Cor 13,8).

[11] F. Manenti, «Il giorno del Signore e la famiglia oggi: un tempo da ritrovare», en A. Torresin (ed.), *Il giorno di Dio e degli uomini. Domenica ed Eucaristia*, Àncora, Milano 2006, p. 174.